

alma. ¡ Cuánta diferencia hay entre un religioso dominado por la destemplanza y otro que practique la sobriedad ! Teniendo este el estómago libre, se eleva sin pena á Dios en el fervor de su oracion. El otro, por el contrario, pesado á causa del exceso de comida, se duerme cuando hay que orar. El religioso sugeto á la gula no suspira más que por la mesa. El que es sobrio solo ambiciona la pureza del corazon. El religioso goloso es semejante á un soldado flojo y tímido, que tiembla cuando la trompeta le llama al combate. No puede oír que le hablen de ayuno y abstinencia. »

San Macario habla en seguida de la castidad y obediencia, y termina diciendo que la gloria de un monge está en sufrir con resignacion la tribulacion, en no desear nada de las cosas presentes, y en amar á Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo.

PERSECUCION DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA

BAJO EL EMPERADOR VALENTE

Traemos aquí la historia de la persecucion que los solitarios sufrieron por parte de los arrianos, bajo el emperador Valente, porque ella se dejó sentir más en el desierto de Nitria que en los desiertos vecinos. Habiendo muerto San Atanasio (373), los católicos le dieron por sucesor á un sacerdote de santa vida y de una fe á toda prueba, llamado Pedro, que él mismo les había designado antes de morir. Pero los arrianos que gozaban de todo el favor del emperador, no le dejaron allí mucho tiempo. Euzoius,

obispo arriano de Antioquía, fué al instante á Alejandria con órdenes del príncipe á Paladio, gobernador de la provincia é idólatra, para colocar en la silla patriarcal á un cierto Lucio, hombre corrompido hasta el fondo del alma y apasionado arriano.

Así que Pedro, el obispo legítimo, se vió obligado á ceder á la fuerza y se retiró á Roma, como el puerto de la comunión católica.

La intrusion de Lucio en aquella capital de Egipto se hizo de una manera digna de la detestable secta de la que era uno de los más poderosos fautores. En lugar de los obispos, sacerdotes y diáconos que debían asistir á ella ; en lugar de los monjes y del pueblo fiel que segun costumbre habían de cantar en la misma himnos sagrados, viósele escoltado por soldados bajo las órdenes del conde Magnus, superintendente de hacienda, el mismo que, bajo Juliano el Apóstata, había quemado la iglesia de Beryte, y su pompa fué tambien honrada por los paganos, que no le reconocian menos por enemigo de Jesucristo, de lo que ellos lo eran.

Apenas estuvo en la ciudad, cuando cometió contra los católicos todos los excesos de que se sabe que es capaz la heregía, cuando puede seguir libremente los trasportes de su furor. No perdonó las iglesias ni al clero, ni á las sagradas vírgenes. No tuvo miramiento á la edad ni á la debilidad del sexo ; todo se resintió de su crueldad. Era poco el encarcelar á los católicos ; renováronse contra ellos los tormentos que los emperadores paganos habían empleado en las precedentes persecuciones. Rasgóse á unos con peines de hierro y con corregüelas de cuero ; quemóse á otros con antorchas encendidas ; otros fueron arrojados á las bestias salvages ; degollóse á vírgenes ; sujetóse á niños al tormento del cual murieron, y se expusieron en seguida sus cuerpos para ser devorados por las

bestias, sin que se permitiese á los padres sepultarlos.

Alejandro pareció entonces á causa de los salteamientos de Lucio como una ciudad que se ha tomado por asalto, en la que no se veía más que pillage y muerte, no oyéndose otra cosa que gritos y lamentaciones. Pero como si se hubiese querido subir de punto la crueldad, quitando á los fieles el consuelo de gemir por tantos males, el prefecto Paladio prohibió el llorar; y á más de que se hizo perecer al filo de la espada á muchos fieles, que habian tomado parte en el dolor de los padres cuyos hijos eran muertos por la violencia de las torturas, se hizo encarcelar á veinte y tres personas que parecian haber dado muestras de su dolor con lágrimas y despues de haberlas desgarrado á latigazos y hécholas sufrir en el tormento, envióselas á trabajar, unas á Feno en la Palestina, en las minas de cobre, otras á Proconeso en la Propóntide, en las canteras de mármol, y la mayor parte de aquellos bienaventurados proscritos eran solitarios respetables por la santidad de su vida. Pero para volver á nuestro asunto, no ignorando Lucio en cuánto horror tenían los santos monges la impiedad arriana, y que segun la recomendacion que San Antonio el Grande les había hecho, no querian tener comercio con los que la sostenian, Lucio, digo, volvió su furor contra ellos, y se propuso ú obligarles á renunciar á la fe de Nicea, á fin de que su desercion arrastrase la de los otros fieles, á quienes con sus ejemplos sostenía, ó exterminarlos si se negaban á someterse.

Escogió para esta guerra de nueva especie, tribunos, coroneles, generales, con cerca tres mil soldados, tanto de infanteria como de caballería, como si hubiese sido cuestion de ir a combatir contra los bárbaros, y salió de Alejandro con este equipage acompañado del general de las tropas de Egipto, con orden á los soldados de saquear y degollar á todos los siervos de Dios.

Llegaron de esta manera á los desiertos y no encontraron en ellos, dice Sócrates, sino á unos pobres ermitaños ocupados en sus ordinarios ejercicios, los cuales consistian en orar, curar los enfermos con sus oraciones y echar á los demonios de los cuerpos de los energúmenos. No encontraron allí sino á santos, muy distantes de oponer la fuerza á la fuerza, sino del todo dispuestos á derramar su sangre antes que hacer traicion á la causa de la fé; á anacoretas completamente desnudos, que ni siquiera tendian los brazos para parar los golpes que se les daba, y los cuales presentando, como corderos, el cuello para recibir la muerte, no decian más que estas palabras del Salvador del mundo: *Amigo mio ¿ á qué fin habeis venido aquí?*

Una tan gran dulzura, junta con la evidencia de los milagros, habría debido conmovier á Lucio y á los que estaban á sus órdenes; pero muy lejos de fijarse en esto, empezaron por prohibir á los religiosos la entrada de la iglesia en la que se juntaban para orar; y empleando en seguida las armas contra ellos, hicieronles sufrir inesplicables males; en lo cual el detestable Lucio tenía todavía más parte que los soldados. Esto pasó principalmente en el desierto de Nitria, en donde San Jerónimo y Orose aseguran que se hizo perecer á tropas enteras de solitarios.

Parecía, añade Sócrates, que veía renovarse entonces lo que el Santo apostol dijo de los antiguos justos; porque muchos sufrían las burlas, los azotes, la desnudez, las cadenas y las prisiones. Apedreábase á unos; hacíase perecer á los otros al filo de la espada; unos eran obligados á andar errantes por el desierto, cubiertos solamente con pieles de carnero ó de cabra, privados de todo socorro, afligidos, expuestos á toda clase de incomodidades, aquellos precisamente de quienes el mundo no era digno. De esta manera pasaban su vida ocultándose en los desiertos más escondidos, en las montañas, en los antros y cuevas, y sufrían

todo esto á causa de su fe ; pero la Providencia lo permitia así para la salvacion de los otros fieles á quienes el ejemplo de su paciencia animaba poderosamente á sostenerse en el bien.

En el calor de esta persecucion, Melania la Vieja alimentó durante tres dias á cinco mil solitarios que se habían escondido para librarse del furor de los herejes , y despues de estas violencias, Lucio, cansándose de ver triunfar á tantos generosos confesores de la fé ortodoxa, aconsejó al general que desterrase á aquellos de entre ellos que eran mirados por todos los religiosos de aquellos desiertos como sus padres, á saber, los dos Macarios, San Pambon de quien hemos hablado, Isidoro y Heraclides.

Esos grandes hombres, á quienes Rufino llama los conductores de las tropas del Señor, armados no de lanzas ó de dardos, sino de la fe y de la piedad, estaban en sus celdas, aguardando en oracion á los soldados que se decía que pronto debian llegar para matarles. Por aquel tiempo llevaronles un hombre tullido de todos sus miembros. Frotáronle con aceite, mandáronle en nombre de Jesucristo, á quien Lucio perseguia, que se levantase, que se mantuviera firme sobre sus pies, y que de este modo se volviera á su casa ; y al instante se encontró curado.

Este prodigio probaba muy eficazmente que la verdad estaba de su parte ; pero sus perseguidores no se hicieron con esto sin embargo sino mas furiosos. Lucio les hizo prender secretamente durante la noche, y conducir á una isla de Egipto rodeada de laguna, y cuyos habitantes eran todos idólatras, linsonjeándose de que no recibirían de ellos socorro alguno, sino que más bien serían por los mismos turbados en sus ejercicios monásticos.

Sin embargo la Providencia que velaba por sus siervos, dispuso de ellos muy diferentemente é hizo que todo redundase en provecho de la fe y en vergüenza de los que la com-

batian. El nombre de Jesucristo era desconocido en aquella isla, y los demonios tenían allí un templo muy antiguo, grandemente respetado de los isleños, y un sacrificador que no era menos reverenciado que sus ídolos. Apenas aquellos espíritus de tinieblas sintieron que la barca que llevaba á aquellos bienaventurados desterrados se acercaba á la orilla, dieron muestras sensibles de una turbacion y terror extraordinarios, y uno de ellos, entrando en el cuerpo de la hija del sacrificador, agitóla de una manera tan extraña, que corría por todas partes rechinando de dientes, echando espuma por la boca, arrojándose por el suelo y langrando gritos que llegaban hasta el cielo. Este trágico espectáculo atrajo gran número de personas junto á ella ; cuando de repente viéronla arrebatada por los aires con gran admiracion de los espectadores, que no estaban menos espantados que sorprendidos. Siguiéronla con los ojos para saber en qué pararía ella, y fué llevada hasta el lugar en que los Santos estaban desembarcando. Allí, arrojándose á sus pies, y hablando el demonio por su boca, exclamó : « ¡ Oh ! ¡ cuán terrible es vuestro poder, siervos de Jesucristo ! ¿ Es necesario que vengais á echarnos de un lugar en el que estamos desde hace tanto tiempo ? En él estábamos escondidos despues de haber sido desterrados de todas partes y nos jactábamos de hallarnos á cubierto de vuestros dardos en esta pequeña isla, en la que [permaneciendo desconocidos á causa de las lagunas del contorno, dejábamos en reposo al resto del mundo, y he ahí que con vuestra llegada perdemos el único asilo que nos quedaba. De seguro que vuestros perseguidores no os han enviado aquí para afligiros, sino para echarnos á nosotros. Nos retiramos, pues, viéndonos forzados á ello por la fuerza de vuestra virtud. Tomad posesion de las tierras y de los pueblos que pretendéis que os pertenezcan. »

Mientras el demonio hablaba de esta manera, los Santos

solitarios hicieron su oracion y le obligaron á salir del cuerpo de aquella jóven. Pronto lo abandonó ; pero fué agi-
tándola con tanta violencia que la dejó tendida en el suelo
como muerta. Los santos la levantaron y la devolvieron á su
padre, perfectamente sana de cuerpo y alma.

La evidencia de este prodigio hizo tanta impresion en el
pueblo, que había acudido en tropel, que quedó dispuesto
á abrazar sin mucha dificultad la fe de Jesucristo. La hija que
había sido curada, su padre y todos los paganos que se ha-
laban presentes, se postraron á los pies de aquellos nuevos
apóstoles, y les suplicaron que les enseñase lo que debian
hacer para salvarse. Su ejemplo arrastró á todos los habi-
tantes que quedaban en la isla. Recibieron ávidamente las
instrucciones que los Santos les hicieron, y abrazaron la fe
con un ardor tan vivo, que al mismo instante se hicieron
bautizar, derribaron su templo, y edificaron en su lugar
una iglesia á Jesucristo.

De esta manera, dice Sócrates, estos hombres admira-
bles, á los que tan cruelmente se trataba por la fe de la
consustancialidad, crecian en mérito delante de Dios, san-
tificaban á los demás y establecian la verdadera creencia
que sus enemigos habían querido destruir persiguiendo-
les.

El rumor de este maravilloso cambio llegó pronto á Ale-
jandría. Lucio al saberlo quedó sobrecogido de terror, y
poco faltó para que los mismos que eran de su partido se
sublevasen contra él, considerando que al declarar la guerra
á aquellos siervos de Dios, la había declarado á Dios mismo.
De suerte que temiendo consecuencias más molestas, ordenó
secretamente que volviesen á llamar á aquellos bienaven-
turados desterrados, y que se les dejase volver en libertad
á sus soledades.

EL DESIERTO DE LAS CELDAS Y SAN MACARIO DE ALEJANDRIA ¹

El desierto de las Celdas ó Celditas fué llamado así á
causa del gran numero de celdas que en él se habian edi-
ficado. Este desierto no distaba de Nitria más que dos ó
tres leguas.

San Macario de Alejandría á quien se llama el Jóven para
distinguirle de San Macario de Egipto, el Viejo, del cual ha-
blaremos en otro lugar, se hizo allí tan célebre como este
lo fué en el desierto de Sceté. Su nombre, que en griego
significa *bienaventurado*, podría ser aplicado á todos los
solitarios, que en los trabajos de una vida dedicada á la
renunciacion de sí mismo, á la más rigurosa penitencia
y á la práctica de las virtudes, gustaron felizmente las
dulzuras de la vida espiritual, y aquella paz inestimable que
el mundo no conoce, y que sobrepuja, como dice san Pa-
blo, todo consuelo humano. Pero sin detenernos en esta
interpretacion, que nada importa á la historia, podemos
decir á favor del Santo del cual hablamos, que si llevó este
nombre como suyo propio, respondió á él tambien por la
felicidad de una vida santa, y que fué una de las más ad-
mirables que la historia monástica nos ha propuesto.

Era oriundo de Alejandría, en donde su profesion fué en
un principio vender anises y frutos ; lo cual no impidió el
que se le diese tambien el título de ciudadano de aquella
ciudad. No moró en ella mucho tiempo ; pero el grande
amor que tenía á la soledad le llevó á irse junto á San An-

¹ *Vit. PP.*, Casiano, Tillemont, Cotelier.